



Azorín

**Cajal y el «Quijote»
Palabras**

Hablábamos en el artículo anterior de un trabajo del Dr. Cajal sobre el Quijote. Se publicaron estas páginas en un volumen de conferencias del Colegio de Médicos de Madrid, que vio la luz en 1905. Conferencias todas ellas dichas con motivo del centenario de la publicación del libro de Cervantes. Conferencias más o menos estimables, más o menos deleznable; pero entre las que resalta la de nuestro gran histólogo. Cajal escribe con una limpidez, una sobriedad y una energía extraordinarias. (¿Para cuándo aguardan los editores españoles a hacer un volumen con la autobiografía de Cajal publicada en Nuestro Tiempo?) Muchos son los puntos de vista originales expuestos por Cajal en su trabajo sobre el Quijote; en el fondo, lo dicho aquí se enlaza con otras ideas expuestas por el autor en algunos otros trabajos de índole literaria o filosófica. Hay en Cajal una honda preocupación por la raza y por el porvenir de la raza. Más ampliamente: en las ideas de Cajal sobre el pueblo español van implícitas sus esperanzas -hinchadas de noble idealidad- sobre el porvenir de la especie humana. No es un particularista nuestro doctor; ni, por el contrario es un internacionalista irreflexivo. En su mente el amor a un determinado espacio y a una cierta agrupación [hu]mana determinada por la historia- se concilia con una fe profunda en un mañana de conciliación y de progreso universales.

Sólo un espíritu así puede sentir el Quijote, el Quijote en lo que tiene de local y en lo que tiene de universal. (¡Qué lejos estamos, queridos eruditos, de vuestras triquiñuelas sobre el libro de Cervantes!) Indiquemos algunas de las ideas de Cajal. Cervantes, pobre, desdichado, abrumado a la continua por la desgracia, compuso el Quijote. Todos sabemos lo que es este libro. ¿Sería lo mismo si Cervantes hubiera sido rico, dichoso mimado por la fortuna? Cajal parece dudar; Cajal lo duda. Indudablemente, el Quijote hubiera podido ser otra cosa. «Acaso la novela imperecedera sería, no el poema de la resignación y de la desesperación, sino el poema de la libertad y de la renovación». Un libro tal, escrito por un Cervantes, ¿qué consecuencias hubiera podido tener? ¿Acaso

hubiera podido ser la levadura de un gran movimiento de exaltación y de generosidad? Exageramos un poco al hacer tales hipótesis. Aparte de que no conviene extremar la influencia que los libros ejercen en la vida (los libros podrán ser causas, pero, a su vez; son consecuencias), en el caso del Quijote, sin Cervantes tal como era -pobre, desdichado-, el libro no hubiera existido. El mismo Cajal lo reconoce así. En un ambiente sereno y tibio, exento de pesadumbres y miserias, no hubiera podido ser escrito el Quijote. Para este libro de melancolía y de dolor se necesitó el dolor y la melancolía. «¡Oh! -exclama Cajal-. ¡Qué gran despertador de almas e instigador de energías es el dolor!».

Durante mucho tiempo, en España y fuera de España, se ha formado una idea falsa en torno de la palabra quijotismo. Aun el vulgo la emplea en este sentido peyorativo: Nada más erróneo. «O esta palabra carece de toda significación ética precisa, o simboliza el culto ferviente a un alto ideal de conducta la voluntad obstinadamente orientada hacia la luz la felicidad de la humana colmena». ¡Orientación hacia la luz! Retengamos la frase. Repasemos nuestra historia. ¿Qué vemos en ella? Nuestra historia es como una noche sembrada de lucecitas dispersas acá y allá. Cajal tiene en esta parte de su conferencia unas páginas de bella independencia que no podencos extractar: han de ser leídas íntegramente. Más adelante añade: «Enamorados de libros viejos y ajenos a la inmensa renovación espiritual que trajo el Renacimiento a todas las esferas del saber, la mayoría de nuestros pensadores y científicos limitábanse, por lo común, a aplicar modestamente los teoremas matemáticos y los hechos físicos y biológicos descubiertos por extranjeros a la geografía, al arte de la navegación, a la metalurgia, a la industria guerrera y al arte de curar». Faltaron a nuestros hombres, «con el ansia de gloria internacional, pasión eminentemente quijotil, el esfuerzo suprintensivo de la atención y la perseverancia infatigable».

El entusiasmo por la obra, la escrupulosidad, el orden, el amor, la claridad, cosas todas que supone el Quijote, que están en el Quijote y que representa Alonso Quijano en su persona, ¿dónde están? ¿Cervantes llegó a tener conciencia de su excepción en la sociedad de su época y de su superioridad, dolorosa superioridad? No nos cansaremos de insistir sobre el contraste, por ejemplo, del Persiles y cualquiera otra obra de alguno de los contemporáneos de Cervantes, El peregrino en su patria, de Lope, o Los cigarrales de Tirso, o el Guzmán de Alfarache, de Alemán, o alguna de las mil y mil comedias -tan deleznables- del teatro clásico. Lo que en una parte, en el Persiles, es buen gusto, sobriedad, coherencia, dominio de las ideas: amaestramiento mental, disciplina, evolucionar libre y elegante del espíritu, en las otras obras es divagar sin plan, confusión, caos, profusión, incoherencia, superficialidad... Lucecitas en la noche: nada más que esto hay en el pasado de España. La lección -tan alta y tan noble- de Cervantes y de algunos otros españoles insignes ha quedado ineficaz durante mucho tiempo. Es ahora precisamente cuando comienza a ser recogida. Es ahora en estos días, cuando al par que negamos y desviamos de nosotros ciertos aspectos y figuras de nuestra historia, celebramos y acercamos -efusivamente- otros a nuestro corazón. No se podrá tachar a las nuevas gentes de antipatriotas ni de sistemáticas negadoras porque no acepten la adoración a tales o cuales obras clásicas; el pasado está en perpetua evolución. El pasado es una cosa muerta; el pasado lo creamos constantemente nosotros los que vivimos en el presente. Comiénzase ahora a ver ese pasado nuestro de distinto modo a como ha sido visto durante mucho tiempo. El orden, la claridad, la observación y la coherencia que deseamos ver impuestas en la vida -y que son fundamentalmente el progreso- queremos también que nos sirvan de criterio para ver el pasado. ¿Cómo nosotros amantes de la realidad escrupulosa y de la poesía de las cosas pudiéramos admirar una obra clásica en que no existe ni idealidad ni vida?

«El quijotismo de buena ley -escribe Cajal- es decir, el depurado de las riñas de la ignorancia y de las sinrazones de la locura, tiene, pues, en España ancho campo en que ejercitarse». Con un poco de amor a la realidad, con un poco de amor a la justicia, con un poco de idealidad que pongamos en nuestras obras cotidianas, habremos cumplido con lo mucho que debemos a nuestro señor Don Quijote de la Mancha, caballero de la Triste figura.

ABC, 12 de marzo de 1914

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

